

~~COMENTARIO~~

## A «AZORIN»

Leída la obra de Pascual Villari sobre Nicolás Maquiavelo y su tiempo. ¡Admirable pensador y sentidor, y, por consiguiente, admirable escritor Maquiavelo! Pensaba lo que sentía y sentía lo que pensaba. Fué un hombre de pasión, ya que no de pasiones. Y abrigó, sobre todo, la pasión maestra del Renacimiento italiano, la de la gloria, la de la inmortalidad terrestre. Ya que no pudo o no supo hacer actos que le pusieran entre los dioses, que perpetuaran su espíritu en la historia, escribió y comentó los que otros hicieron. No fué un Aquiles, pero sí un Homero. Y los Aquiles viven por los Homeros. El, Maquiavelo, ha hecho la fama del Valentino, de César Borja.

Cuando Maquiavelo, en el libro VII de sus «Historias florentinas» narra el fin heroico de Jerónimo Olgiati, uno de los matadores del tirano de Milán, Galeazzo María Sforza («se supera verdaderamente a sí mismo», dice Villari. Y añade: «A duras penas puedo presentarnos la prosa italiana ejemplos de un estilo más vigoroso y elocuente que el de Maquiavelo en este lugar.» Y es que Olgiati, nuevo pagano y atormentado de hambre y sed de gloria, murió exclamando: «La muerte es amarga, pero la fama perpetua; quedará la vieja memoria del hecho.» Y este sentimiento sabía sentirlo Maquiavelo. Y como sabía sentirlo, sabía pensarlo. Y como sabía pensarlo, sabía narrar los hechos que tal sentimiento inspirara.

¡Maravilloso prosista Maquiavelo! Acaso el más grande prosador italiano. Sus páginas, cuando la pasión las enciende, hablan. Tenía la más profunda y duradera elocuencia: la elocuencia escrita. Porque los más grandes oradores lo han sido por escrito. Demóstenes estudiaba oratoria en Tucídides.

A lo que no llegó el secretario florentino es a lo que llegaron otros políticos; no llegó ni a los puestos públicos a que el frío, ponderado y exacto Guacciardini. Pero ¿es que no «llegó»? ¿Es que eso es acaso «llegar»? ¿Y es que Maquiavelo era po-

lítico? ¡Creador de la ciencia política moderna, sí; pero político, no! Era un escritor, un literato, aún más: un poeta, un verdadero poeta. Su tratado «El Príncipe» es todo un poema.

Para él, para Maquiavelo, la experiencia de los negocios públicos era la mina de donde sacaba los materiales de sus obras de arte. ¿Y es que Castruccio-Castracani no debe el quedar en la memoria de los hombres, más que a otra cosa, a la novela que con su vida compuso Maquiavelo?

Es muy frecuente que los puros políticos, los meros políticos, los hombres ansiosos del Poder público y de la influencia contemporánea, los que creen que llegar a ser presidente del Consejo de ministros, sea como fuere, es una muy alta ambición, es muy frecuente que estos puros políticos se sientan desorientados ante el literato—es decir, el hombre hambriento y sediento de gloria, de perpetuidad de gloriosa fama—que se entretiene alguna vez en política o busca en esta combustible para el fuego de su pasión y materiales para su obra. Porque así como hay el político que a ratos hace literatura—casi siempre muy mala—, hay el literato que hace a ratos política. («También muy mala», añadirá aquí, de seguro, el político que me lea.)

En cierta ocasión se me requirió si que fuese a esa corte a informar ante una Comisión del Congreso contra un proyecto de ley, proyecto que ni conocía entonces ni lo conozco hoy. Contesté, acaso algo impertinente, que no podía porque estaba ocupado en componer una oda. Lo verdadero es, tómeme como me lo tomen, que a las odas, a los sonetos, a los cuentos, a las novelas y a la «novela» que he publicado, les doy mucha más importancia que a todos los informes que pueda hacer ante todas las Comisiones. Y que si alguno de mis discursos políticos ha tenido alguna eficacia política o pública civil habrá sido por su valer literario. Sé que no perduran otros discursos políticos que aquellos que tienen valor estético.

Otra vez un ministro, de cuyo nombre quisiera no acordarme, me ofrecía un puesto de senador del Reino





—y por no haberlo aceptado, con sus condiciones, me dió luego una patada—y le contesté que sería para mí peligroso, pues como soy de natural vehemente y no tomo nada para salir del paso, me habría de absorber en mi senaduría perdiendo tiempo para mi obra literaria. Y si de hecho hubiera aceptado entonces aquella senaduría que tan trapaceramente se me ofrecía, no habría llevado a cabo mi poema «El Cristo de Velázquez»—que algún día saldrá para siempre a luz—, que aprecio en más que toda la labor que hubiera hecho en el Senado y, desde luego, en más que todo lo que aquel ministro y otros de su laya puedan hacer. Y lo aprecio en más hasta como obra civil y de educación cívica.

¿Hemos de desdeñar por eso los hombres de letras, los más propiamente llamados intelectuales, la gestión de negocios públicos, la política? No, no debemos desdeñarla, sino aceptarla y con seriedad de propósito. Pero siempre habida cuenta a aprovecharnos de ella, sin dejar de servir al provecho público, para nuestra propia obra. Que puede llegar a ser de provecho público también.

Acaban de elegirme, por ejemplo, concejal de este Municipio de Salamanca. Claro está que debo ir al Concejo a servir los intereses públicos y a contribuir a que la administración del Municipio sea lo más inteligente y más honrada y más noble posible;

pero no he de ir también como a una nueva clínica psicológica, a estudiar nuevos tipos y nuevas pasiones y ridiculices y vanidades para hacer con ello comedias, o cuentos, o farsas, o «novelas», o si se terciara alguna tragedia? Acaso a alguno de mis futuros compañeros de Concejo la única probabilidad que le quede de pasar, bajo uno u otro nombre, a la posteridad, es que yo acierte a hacer con él lo que con Castruccio-Castracani o con fray Timoteo hizo Maquiavelo... ¿Si de la trágica vida cotidiana de estas terribles pequeñas ciudades saqué los materiales del Joaquín Monegro, del torturado Caín moderno, o que di vida en mi última novela—novela y no «novela»—«Abel Sánchez», de la

regocijada farsa de un Ayuntamiento no sacaré siquiera un sabnete?

¡Y luego crearán esos pobres puros políticos, los que se gastan sus cuartos en una elección de diputados y sueñan con llegar—¿llegar?—a ministros que nosotros, los literatos, los intelectuales, los escritores entretendidos alguna vez en la política no tenemos ambición! Los que, no la tienen son ellos. Porque yo sé que cuando ellos y yo no seamos más que huesos mondos, y huesos mondos también todos aquellos a quienes colocaron, y que les votaban y hasta admiraban, mis obras de espíritu quedarán y no quedarán las de ellos. Y cuando algún forastero al recorrer una ciudad lea en un rótulo: «Calle de Juan Pérez Sánchez», tendrá que preguntar al primero que pase: «Dígame, buen hombre, ¿quién fué este Juan Pérez Sánchez?» Y el ciudadano responderá: «No lo sé bien; pero me parece que fué un ministro, o cosa así, que hizo construir ese puente.» ¿Ambición ellos? ¿ellos ambición? ¡Ni por pienso! ¡Pobrecillos!

Cuando el gran poeta Carducci, de alma a lo Maquiavelo, se presentó a los electores del colegio de Lugo, en la Romaña, habló de los que decían que su poesía era la mancha original que le excluía de la casta política, recordó a los poetas políticos, a Milton, a Uhland, a Lamartine, y aludiendo a aquello de que Platón expulsó a los poetas de su República, añadió: «Me figuro que mis adversarios podrán oponerme; pero tú no eres ni Milton, ni Uhland, ni Lamartine.» «Ni vosotros, que expulsáis a los poetas del Estado, sois Platones.» Y así es; los que quieren echarnos de la República no son Platones. Ni mucho menos. Que al fin Platón era un soberano poeta y un soberano político.

En Platón, en Maquiavelo, en otros poetas así hay que ir a estudiar política, y no en esos ambiciosillos cuyo sueño se cifra y frisa en llegar a ministro, y no más, aunque se crean platónicos o maquiavélicos. ¿Maquiavélicos ellos? ¡Pobre gente!

**Miguel de Unamuno.**

